

Entonces le condujo á un almacén, donde le vistió completamente. El muchacho se dejaba vestir muy contento, pero con grande sencillez como si ya se lo esperase; y cuando se vió vestido de nuevo, apretando la mano á su bienhechor, le dijo fijando en él sus grandes ojos:

—¡Gracias, buen Dios!

XLV

En voz baja.

¡Cuántas cosas hay que se dicen en voz baja, muy baja, para no ser oído sino de Dios!

Hay quejas que turban la atmósfera que respiramos, y la hacen muy pesada para nosotros y para los demás. ¡Oh! Quejémonos poco, muy poco; el alma que se queja pierde la delicadeza del afecto, que la hacía tan atractiva.

Hay murmuraciones que todo lo agitan en derredor nuestro, y que por largo tiempo

nos impiden volver á encontrar la paz. El ruido de la murmuración pronto se extiende á lo lejos, penetra rápidamente en los corazones amigos, los hiere y entibia su afecto.

Hay confidencias que, bajo el pretexto de desahogar el corazón, desgarran y entristecen el corazón que las recibe. No mostremos sino muy discretamente las heridas de nuestro corazón; pocas personas saben ver una herida sin experimentar un sentimiento de repulsión, ó al menos de indiferencia.

Sí, sí, en voz baja, en voz baja, para no ser oído sino de Dios.

XLVI

Jesús en almoneda.

Lo bu e voy áreferir no es histórico; sería espantoso.

Y, sin embargo, el que lo cuenta ha visto desarrollarse ante sus ojos las escenas que traza; ha oído las blasfemias que transcribe. Os pide perdón, ¡oh Jesús!, y largo tiempo des-

pués de haber visto todo esto siente su corazón oprimido, y á menudo, á este recuerdo, su rostro se baña en lágrimas.

¿Es sueño? ¿Es una simple creación de la imaginación dolorosamente herida y piadosamente exaltada?

¡Poco importa!



Era el día siguiente á la publicación de lo que se llamó: *infames decretos*.

A la entrada de una casa de religiosos que habían sido arrojados á la calle como ladrones, á pesar de que muchos de ellos eran viejos y enfermos, la multitud miraba conmovida y triste, aunque inactiva.

Ante el jefe de aquella expoliación, que estaba en pie, con arrogancia, cerca de la puerta derribada, vino á echarse de rodillas uno de los sacerdotes expulsados.

—Dejadme entrar para sacar del tabernáculo las hostias consagradas.

—¿Tus hostias? ¿Tus hostias? ¿Amas mucho entonces á tus hostias?

—Es mi Dios, mi Maestro: es Jesucristo. Yo os entregaré el copón de plata; pero dejadme tomar las hostias.

—¿Y qué darías por tenerlas?

—¡Todo! ¡Mis bienes, mi libertad, mi vida!

—Pues si son tan preciosas, ¡nosotros las venderemos!

Y rechazó con el pie al sacerdote, que vino á caer casi moribundo en los brazos de algunos fieles.



Poco después, en la plaza pública, la multitud se reunía para presenciar una almoneda: la venta de los muebles de los religiosos.

El comisario, abriendo el copón que se había atrevido á sacar él mismo del Tabernáculo, vacía las hostias consagradas en un plato y se pone á decir:

—Las hostias consagradas, el Dios de los frailes, ¿quién las quiere?

Un silencio lúgubre, un silencio de muerte acoge esta proposición sacrílega. Se oyen

solamente como rugidos sordos, sofocados.

Cerca del comisario, algunos hombres de mirada estúpida y feroz escuchaban y esperaban.

—¿Las quieres tú?—dijo á uno de ellos.

—No, yo no las quiero; me estorbaría Dios. Quiero divertirme, quiero gozar de la vida; quiero permanecer libre: libre en mis sentidos, libre en mi inteligencia, libre en mis apetitos. Me darían remordimientos; yo no quiero tus hostias consagradas.

—*—

Cerca de él, un hombre, joven aún, oía admirado estas palabras:

—¿Quieres estas hostias?—le dijo el comisario.

—¡Sí las quiero! Yo me divertiré con ellas, yo me reiré diciendo á este pedazo de pan: *Tú eres mi Dios*, y haré genuflexiones ante él. Dádmelas.

—¿Quién eres tú, tan atrevido en tus palabras?

—Yo soy el sucesor de Herodes el mofa-

dor y de los soldados que insultaron en Jerusalén á Jesús de Nazareth.

—*—

—Y tú, joven de ojos sombríos, que no te atreves á mirar cara á cara, ¿las quieres?

—Sí las quiero.

—¿Y qué harás de ellas?

—Me serviré de ellas para penetrar entre las almas piadosas y explotarlas con mi hipocresía; las rodearé de un respeto ficticio, y, una vez llegado adonde aspiro, las abandonaré en medio de la calle.

—¿Quién, pues, eres tú, alma hipócrita y despreciable?

—¿Yo? Un descendiente de Caifás y de Pilatos.

—*—

—Y tú, cuya mirada brilla como un ascua y chispea como una llama, ¿quieres estas hostias?

—Sí las quiero.

—¿Y qué harás de ellas?

—¡Las venderé! Sé que hay asambleas que

las compran, y las compran bien caro. Dámelas; tendré oro, y con el oro toda clase de goces.

—¿Quién eres tú?

—Un descendiente de Judas.

—e—

—Y tú, que con espuma en los labios y las manos cerradas, como si tus flacos dedos oprimiesen un puñal, éstas viendo todo esto, ¿las quieres?

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Yo las despedazaré, las coseré á puñaladas, las hollaré con mis pies, las iré á presentar pisoteadas y manchadas á las almas sensibles, cuyo dolor me hará reir.

—¿Qué? ¿Eres acaso un verdugo?

—Sí, el descendiente de los que crucificaron á Jesús de Nazareth y del ladrón que insultó su agonía.

—e—

Todos estos hombres tendían la mano. El comisario, con una sonrisa infernal, se dispo-

nía á arrojarles estas hostias consagradas como se arroja un puñado de bellotas á los más inmundos animales, cuando un grito, un grito penetrante que dominó todas las blasfemias, se dejó oír: *¡Señor mío y Dios mío!* Y una mujer con los brazos extendidos, se arroja valerosamente sobre las hostias consagradas, y sollozando las esconde en su seno.

—e—

El hombre de Dios que veía todo esto, se estremeció de júbilo. Se sintió como sacudido, y le pareció salir de una visión infernal. El sudor corría por su frente, sus manos se juntaron y sus labios murmuraron: *¡Señor mío y Dios mío!* Estaba de rodillas ante el Tabernáculo, haciendo, durante la noche, su hora de adoración y de reparación.

